

## EL TROLL CAMBIADO

2º-4º

Una troll se deslizó por el bosque. Llevaba a su cría en una cesta de corteza en la espalda. Era grande y fea, con pelos como cerdas, dientes afilados como agujas y una garra en el meñique; pero la troll creía que no podía existir un niño más hermoso.

Mientras avanzaba, llegó a un claro del bosque. Por el accidentado camino forestal venían montados un campesino y su mujer.

Al principio, la troll quiso huir de nuevo al bosque para que nadie la viera, pero de pronto notó que la campesina llevaba un niño en brazos, y entonces cambió de idea. Se acercó sigilosamente al camino y se escondió detrás de un avellano.

*- "Quiero ver si el niño humano es tan hermoso como el mío", pensó la troll.*

Pero en su entusiasmo, asomó demasiado del arbusto; y cuando los jinetes se acercaron, los caballos vieron la enorme cabeza negra de la troll. Se asustaron, se encabitaron, se desbocaron y salieron corriendo. Casi derriban al campesino y a su mujer. Éstos lanzaron un grito, se inclinaron hacia adelante para sujetar las riendas y al instante desaparecieron. La troll estaba furiosa porque apenas había podido ver al niño humano. Pero de pronto se sintió nuevamente feliz, pues allí estaba el niño, tirado en el suelo frente a ella. Cuando los caballos se desbocaron, se le había caído de los brazos a la campesina.

El niño estaba sobre un montón de hojas secas y no tenía ni un rasguño. Gritaba por el susto de la caída; pero cuando la troll se inclinó sobre él, pareció tan divertido por su aspecto, que se calló, sonrió y estiró su manita para tirar de la negra barba de la troll.

La troll se quedó asombrada y contempló al niño humano. Vio sus pequeñas manos con uñas rosadas, sus claros ojitos azules y su boquita. Tocó su suave cabello, acarició sus mejillas y no podía creer que un niño pudiera ser tan rosado, suave y delicado.

De pronto, la troll se quitó la cesta de corteza de la espalda, sacó a su propia cría y la colocó junto al niño humano. Al ver la diferencia entre los dos, no pudo evitar aullar de rabia.

Mientras tanto, el campesino y su mujer habían logrado controlar a sus caballos. Regresaban ahora en busca de su hijo. Cuando la troll los oyó acercarse, casi le salieron lágrimas, pues no había tenido tiempo de admirar lo suficiente al niño humano. Permaneció allí hasta que las personas estuvieron casi a la vista, entonces tomó una rápida decisión. Dejó a su cría al borde del camino, metió al niño humano en su cesta de corteza y huyó con él al bosque.

Apenas la troll había desaparecido en el bosque, llegaron el campesino y su mujer buscando al niño.

Eran unos campesinos espléndidos, ricos y respetados, con una hermosa granja al pie de la colina boscosa. Llevaban muchos años casados, pero sólo tenían este único hijo. Así que puede imaginarse cuánto significaba para ellos.

La mujer iba unos pasos adelante del hombre y fue la primera en ver al niño al borde del camino. Este gritaba con todas sus fuerzas, llamando a la troll; y la campesina podría haber sospechado por los alaridos qué clase de niño era, pero estaba tan asustada que sólo pensó:

*–Gracias a Dios que está vivo.*

*–¡Ahí está el niño!* –gritó al hombre, se bajó del caballo y corrió hacia el pequeño troll.

Cuando el campesino llegó, su mujer estaba sentada al borde del camino examinando al niño. No podía creer lo que veía.

*–Mi hijo no tenía dientes como agujas –dijo–, mi hijo no tenía pelos como cerdas de cerdo, mi hijo no tenía una garra en el meñique.*

El campesino pensó que su mujer se había vuelto loca. Rápidamente se bajó del caballo.

*–Mira al niño y dime si entiendes cómo pudo cambiar tanto –dijo la mujer, entregándoselo. Él lo tomó, pero apenas lo miró, escupió tres veces y lo arrojó lejos.*

*–¡Esto es un engendro de troll! –gritó–. Éste no es nuestro hijo.*

La mujer seguía sentada al borde del camino. No podía entender lo que había pasado.

*–¿Pero qué haces con el niño? –preguntó.*

*–¿No te das cuenta de que es “un cambiado”? –dijo el hombre–. Los trolls aprovecharon la oportunidad; cuando los caballos se desbocaron, robaron a nuestro hijo y dejaron en su lugar a un engendro de troll.*

*–¿Pero dónde está entonces mi hijo ahora? –preguntó la mujer.*

*–Está con los trolls –respondió el hombre.*

Finalmente, la mujer comprendió toda la desgracia. Palideció, y el hombre creyó que iba a desmayarse en ese instante.

*–Nuestro hijo no puede estar lejos –dijo el hombre, intentando calmarla, aunque él mismo no tenía mucha esperanza–. Vamos al bosque a buscarlo.*

Ató los caballos a un árbol y se adentró en la espesura. La mujer también se levantó para seguirlo, pero vio al pequeño troll en el suelo; en cualquier momento podía ser aplastado por los caballos, que estaban inquietos y pateaban hacia atrás una y otra vez. Se estremeció al pensar en tocar al “cambiado”, pero lo apartó para que los caballos no lo pisaran.

*–¡Aquí está el cascabel que nuestro hijo tenía en la mano cuando lo dejaste caer! –gritó el campesino desde el bosque–. Ahora sé que voy por el camino correcto.*

La mujer corrió tras él; y buscaron en el bosque durante mucho tiempo y con ahínco. Pero no encontraron ni al niño ni a la troll; y cuando cayó el anochecer, tuvieron que regresar a los caballos. La mujer lloraba y se retorció las manos. El hombre caminaba con los labios apretados

y no dijo ni una palabra de consuelo. Era de una antigua y buena familia que se extinguiría si no tenía un hijo. Ahora estaba enojado con su mujer por haber dejado caer al niño. *¡Podría haberlo sujetado mejor!* Pero al ver su tristeza, no tuvo corazón para reprocharle.

El campesino ayudó a su mujer a montar, y entonces ella recordó al niño “cambiado”.

—¿Qué hacemos con el engendro de troll? —preguntó.

—¿Dónde está? —dijo el hombre.

—Allí, bajo el arbusto.

—Pues que se quede ahí —respondió el hombre con una sonrisa amarga.

—Pero no podemos dejarlo aquí en la naturaleza.

—Claro que sí —dijo el campesino.

La mujer pensó que su marido tenía razón y dejó que el caballo avanzara unos pasos, pero como era de corazón tierno y compasivo, no pudo seguir adelante.

—No, al fin y al cabo es un niño —dijo ella—. No puedo dejarlo aquí, como presa de los lobos. Debes darme al pequeño.

—No lo haré —respondió el hombre—. Está bien donde está.

—Si no me lo das ahora, tendré que volver esta noche a buscarlo —dijo ella.

—No contentos con haberme robado a mi hijo —dijo él—, los trolls también le han vuelto la cabeza a mi mujer.

Pero, aun así, levantó al niño “cambiado” se lo entregó a la mujer, pues la amaba profundamente y estaba acostumbrado a complacerla.

Al día siguiente, la desgracia era conocida en toda la parroquia, y todos los ancianos y sabios acudieron a la cabaña del granjero para ofrecer consejos.

—Quien tenga un “cambiado” en casa debe golpearlo cada día con un buen palo —dijo una anciana.

—¿Por qué debo tratarlo tan mal? —preguntó la granjera—. Es cierto que es feo, pero no ha hecho nada malo.

—Si golpeas al pequeño hasta que sangre, al final la troll vendrá volando, te arrojará a tu propio hijo y se llevará al suyo. Conozco a muchos que lo han hecho así para recuperar a su hijo.

—Pero esos niños no han vivido mucho tiempo —dijo la otra. La granjera sabía que no usaría ese método; le habría sido imposible.

En ese momento, el hombre entró en la habitación con un palo en la mano y preguntó por el “cambiado”. La mujer vio entonces que su marido pretendía seguir el consejo de la anciana y golpear al niño troll para recuperar al suyo.

—Es bueno que lo haga —pensó—. Yo soy demasiado tonta. Nunca podría golpear a un niño inocente.

Pero apenas el hombre descargó un golpe sobre el “cambiado”, la mujer se abalanzó y lo agarró del brazo. —*¡No, no lo golpees!* —rogó.

—*¿Acaso no quieres recuperar a tu propio hijo?* —dijo el hombre, intentando soltarse.

—*Claro que quiero recuperarlo, pero no de esta manera* —respondió la mujer.

El hombre alzó el brazo para otro golpe, pero ella se interpuso sobre el niño, recibiendo el golpe en su espalda.

—*Dios me proteja* —dijo el hombre—, *ahora veo que no quieres recuperar a nuestro hijo, de lo contrario no actuarías así.* Se detuvo y esperó, pero la mujer permaneció protegiendo al niño.

El hombre arrojó el palo y salió de la habitación enfadado. Más tarde, se sorprendió de no haber cumplido su propósito, pero cuando su mujer estaba presente, algo lo dominaba: no podía contradecirla.

Pasaron unos días de dolor y tristeza. Lo que más angustiaba a la granjera era el cuidado del niño troll. Casi le quitaba las fuerzas para llorar a su propio hijo.

—*No sé qué darle de comer al “cambiado”* —dijo una mañana a su marido—. *No quiere comer nada, sin importar lo que le ofrezca.*

—*No es sorprendente* —dijo el hombre—. *Ya habrás oído que los trolls sólo comen ranas y ratones.*

—*Pero no puedes esperar que vaya al pantano a buscarle comida* —dijo la mujer.

—*No, no espero nada así* —respondió el granjero—. *Creo que lo mejor sería que el “cambiado” muriera de hambre.*

La semana pasó sin que la granjera lograra que el niño troll comiera algo. Sólo gritaba en su cuna, volviéndose débil y delgado. La mujer intentó con todo tipo de manjares, pero el cambiado sólo bufaba y escupía cuando intentaba persuadirlo.

Una tarde, cuando el niño troll estaba casi muerto de hambre, el gato entró en la habitación con un ratón entre los dientes. La granjera le arrebató el ratón al gato, se lo arrojó al niño y salió rápidamente para no verlo comer.

Cuando el granjero notó que su mujer recolectaba ranas y arañas para el “cambiado”, sintió tal repulsión hacia ella que apenas podía ocultarlo. No podía decirle una palabra amable; y de no ser por aquel extraño poder que ella tenía sobre él, la habría abandonado de inmediato.

Los sirvientes también comenzaron a mostrar desobediencia y falta de respeto hacia la granjera, sin que el granjero se inmutara.

La mujer pronto comprendió que, si seguía protegiendo al “cambiado”, tendría graves problemas con su marido, los sirvientes y los vecinos. Pero era así: todo lo débil y perseguido debía ser protegido. Cuanto más sufría por el “cambiado”, más vigilaba para que no le ocurriera nada malo. Unos años después, la granjera estaba sentada sola en la habitación, cosiendo parches en un pequeño vestido.

*–Ay –pensó mientras cosía–, no tiene buenos días quien debe cuidar a un niño ajeno.*

Cosió y cosió, pero los agujeros eran tan grandes y numerosos que las lágrimas le brotaron.

*–Sé que, si estuviera remendando la ropa de mi propio hijo, no contaría los agujeros. Lo tengo muy difícil con el “cambiado” –pensó al descubrir otro agujero–. Lo mejor sería llevarlo al bosque y dejarlo allí.*

*–No necesitaría esforzarme tanto para deshacerme de él –continuó después de un rato–. Basta con dejarlo sólo un momento, y se ahogaría en el pozo, se quemaría en el hogar, lo mordería el perro, lo patearían los caballos o lo matarían los sirvientes. Sí, sería fácil deshacerse de él, pues es travieso y malo, y todos lo odian. Creo que, si no estuviera siempre pendiente, alguien lo mataría de inmediato.*

Fue a mirar al niño, que dormía en un rincón. Había crecido mucho y era aún más feo que al principio. Tenía labios gruesos, cejas como cepillos y piel marrón.

*–Remendar tu ropa y cuidarte, podría soportarlo –pensó–. Si no tuviera peores preocupaciones por ti. Es como si hubiera perdido la razón, sufriendo tanto por ti, siendo sólo un troll repugnante. Mi marido me desprecia; los sirvientes me desprecian; las criadas se burlan de mí; el gato me bufa; el perro gruñe al verme; y todo por tu culpa. Pero que los animales y las personas me odien no es lo peor –continuó reflexionando–. Lo peor es que, cada vez que te veo, anhelo más a mi propio hijo. Oh, mi querido niño, mi tesoro, ¿dónde estás ahora? ¿Duermes en musgo y ramas con la troll?*

La puerta se abrió. La mujer volvió a la mesa y retomó su costura. Era su marido, que entró sonriendo y habló con voz amable por primera vez en años.

*–Hoy hay feria en el pueblo vecino –dijo–. ¿Qué tal si vamos?*

*–¡Ay, me encantaría! –dijo la mujer, alegrándose mucho.*

*–Pues prepárate rápido –dijo el hombre–. Iremos a pie, los caballos están trabajando. Pero llegaremos si tomamos el camino por la colina.*

Poco después, la mujer, vestida con sus mejores ropas, estaba en la puerta. Era la alegría más grande en años, y había olvidado por completo al “cambiado”.

*–Pero –pensó de repente– quizá mi marido sólo quiere alejarme para que un sirviente mate al niño troll. Entró en la habitación y salió con el gran troll en brazos.*

*–¿No puedes dejar al “cambiado” en casa? –preguntó el hombre, pero riendo y con dulzura.*

*–No, no me atrevo a dejarlo –respondió ella.*

*–Es asunto tuyo –dijo el granjero–, pero te costará cargar con ese mocoso cuesta arriba.*

Comenzaron el viaje. El camino era empinado, debían cruzar una alta cresta montañosa para llegar al pueblo vecino. La mujer estaba tan cansada que apenas podía avanzar. Intentó persuadir al chico para que caminara, pero él se negó.

El hombre estaba alegre y amable, como no lo había sido desde que perdieron a su hijo.

–*Ahora debes darme al “cambiado”* –dijo–, *lo cargaré un rato.*  
–*No, yo puedo* –dijo la mujer–, *no quiero que te molestes con este engendro.*  
–*¿Por qué sufrir tú sola?* –dijo él, tomando al niño.

Cuando el granjero lo tomó, el camino era más empinado, estrecho y resbaladizo, bordeando un precipicio. La mujer, que iba detrás, sintió miedo.

–*Ten cuidado aquí* –gritó. En ese momento, él resbaló y casi deja caer al niño al abismo.

–*Si el niño cayera, nos libraríamos de él para siempre* –pensó ella–. *Pero supe entonces que era su intención arrojarlo y fingir un accidente.*  
*¿No sería mejor dejar que lo hiciera?*

El hombre volvió a resbalar en una piedra suelta; una vez más, el niño casi se le cayó de los brazos.

–*Dame al niño, vas a caer con él,* dijo la mujer. *No, respondió el hombre, yo le vigilaré.*  
–*¡Dámelo!*, gritó la mujer, *ya has resbalado dos veces.*

En ese mismo instante, el hombre resbaló por tercera vez. Extendió los brazos hacia una rama para agarrarse, y el niño cayó. Mas la mujer se lanzó hacia adelante, agarró un extremo del vestidito del niño y lo levantó de nuevo al camino.

Entonces, el hombre se volvió hacia ella. Su rostro ahora era feo y lleno de ira.

–*Cuando dejaste caer a nuestro hijo en el bosque, no fuiste tan rápida,* dijo con enojo.

La mujer no respondió. Se sentó en el suelo y lloró, porque la amabilidad del hombre había sido sólo una farsa.

–*¿Por qué lloras?*, dijo él con dureza. *No habría sido una gran desgracia si hubiera dejado caer a este engendro. Vamos, se hace tarde.*  
–*Creo que ya no tengo ganas de ir al mercado,* dijo ella.  
–*Sí, a mí también se me han quitado las ganas,* respondió él.  
–*Prefiero volver a casa,* dijo la mujer.  
–*Sí, ¿para qué ir al mercado si no nos divierte?*, dijo él, concordando con ella.

En el camino de regreso, el hombre se preguntó cuánto tiempo más soportaría a su esposa. Si usara su poder y la obligara a abandonar al niño “cambiado”, todo podría volver a estar bien entre ellos, pensó; pero, tal como estaban las cosas, prefería liberarse de ella. Estuvo a punto de usar la fuerza para arrebatarse el niño, pero entonces se encontró con su mirada, tan melancólica y triste, que no pudo ser cruel con ella. Por culpa de su dolor, se contuvo, como lo había hecho hasta ahora, y todo siguió igual.

oOo

Pasaron algunos años más, y llegó una noche de verano en la que estalló un incendio en la granja. Cuando la gente despertó, la habitación y la cámara estaban llenas de humo; y todo el

desván era un mar de llamas. Era imposible pensar en apagarlo; sólo podían salir corriendo para no quemarse. El granjero salió al patio y se quedó allí, mirando la casa en llamas.

*-Me pregunto quién me ha hecho esto.*

*-¿Quién? Bueno, ¿quién más podría ser sino el "cambiado"?, dijo un criado.*

*-Siempre fue su juego hacer montones de ramas y prenderles fuego.*

*-Ayer llevó un gran montón de ramas secas al desván, dijo la sirvienta. Estaba a punto de encenderlas cuando llegué y lo descubrí.*

*-Seguro que anoche provocó el incendio, dijo el criado. Pueden estar seguros de que él causó esta desgracia.*

*-Si al menos se quemara también, dijo el granjero, no me quejaría de que mi vieja choza se haya convertido en llamas.*

Mientras decía esto, la mujer salió de la casa casi arrastrando al casi muchachito "cambiado". El granjero se abalanzó, se lo arrebató, lo levantó en el aire y lo arrojó de vuelta a la casa. Las llamas salían por el techo y las ventanas. El calor era insostenible. Por un momento, la mujer miró al hombre, pálida de terror, luego se dio la vuelta y corrió de vuelta a la casa, tras el chico.

*-No me importa si te quemas con él, le gritó el granjero.*

Sin embargo, ella salió de nuevo sacando al muchacho. Sus manos estaban gravemente quemadas y su cabello casi chamuscado. Nadie le dijo una palabra cuando salió. Fue al pozo, apagó algunas chispas que ardían en su falda y se sentó en el suelo. El troll dormía, pero ella permanecía erguida, mirando al frente con ojos tristes. Mucha gente llegó para ayudar a apagar el fuego, pero nadie le habló. Era como si llevara algo feo y siniestro que inspiraba terror y repulsión.

Al amanecer, cuando el fuego se había apagado, el granjero se acercó a ella.

*-No lo soporto más; no puedo vivir con trolls, aunque me cueste dejarte. Me voy ahora y no volveré nunca.*

Cuando la mujer escuchó estas palabras y vio al hombre alejarse, sintió un impulso de seguirlo, pero el troll pesaba ya mucho. Parecía no tener fuerzas para liberarse de él y se quedó sentada.

Apenas el granjero entró en el bosque, un pequeño ser apareció corriendo hacia él desde las colinas. Era hermoso como un árbol joven, delgado y esbelto. Su cabello era suave como la seda y sus ojos brillaban como acero azulado.

*-Ah, así sería mi hijo ahora si hubiera podido quedármelo, pensó el granjero. Habría tenido un heredero así. Habría sido muy diferente del monstruo que mi esposa trajo a casa.*

*-Buenos días, dijo el granjero al muchacho, ¿adónde vas?*

*-Buenos días", respondió el chico, extendiéndole la mano. Si adivinas quién soy, sabrás adónde voy.*

Cuando el granjero escuchó su voz, palideció.

*-Conozco esta voz, dijo. Si mi hijo no estuviera con los trolls, diría que eres tú.*

*-Sí, ahora has acertado, padre, dijo el muchacho, riendo. Y como has acertado, sabrás que voy camino de mi madre.*

*-No vayas a donde ella, dijo el granjero. Ella no te extraña. No tiene corazón para nadie, sólo para un feo chico troll.*

*-¿Eso crees, padre?, preguntó el chico, mirándolo profundamente a los ojos. Entonces quizá sea mejor que me quede contigo por ahora.*

El granjero estaba tan feliz que las lágrimas le brotaron.

*-Sí, quédate conmigo, dijo, tomando al chico y besándolo. Tenía tanto miedo de perderlo de nuevo que no se atrevía a soltarlo, y siguió caminando con él en brazos.*

Después de unos pasos, el muchacho comenzó a hablar.

*-No está bien que no me lleves como llevabas al niño "cambiado", dijo.*

*-¿Qué quieres decir?", preguntó el granjero.*

*-La troll estaba al otro lado del abismo conmigo, y cada vez que resbalabas con el niño troll, padre, ella resbalaba conmigo".*

*-¿Qué? ¿Estaban al otro lado del abismo?", dijo el granjero, quedando pensativo.*

*-Nunca había sentido tanto miedo", dijo el muchacho.*

*-Cuando arrojaste al niño troll al abismo, la troll quiso arrojarme a mí también. ¡Si madre no hubiera sido tan rápida ...!*

El granjero comenzó a caminar más lento mientras hacía preguntas al hijo.

*-Cuéntame cómo te fue con los trolls.*

*-A veces muy mal, dijo el chico, pero cuando madre era buena con el niño troll, la troll era buena conmigo.*

*¿Te golpeaba?, preguntó el granjero.*

*-No me golpeaba más de lo que tú golpeabas al otro niño.*

*¿Qué te daban de comer?, preguntó el granjero.*

*-Cada vez que madre le daba arañas y ratones al niño cambiado, yo recibía pan con mantequilla. Pero cuando le daban pastel y carne al niño troll, la troll me daba serpientes y sapos. Al principio, casi me muero de hambre. Si madre no hubiera tenido más compasión que ustedes, habría muerto.*

Al escuchar esto, el granjero dio media vuelta y regresó rápidamente al valle, hacia su granja.

*-No sé por qué, dijo, pero siento olor a quemado cuando te toco; y tu cabello parece chamuscado por el fuego.*

*-No es de extrañar, dijo el hijo. Anoche me arrojaron al fuego cuando tú lanzaste al niño troll a la casa en llamas. Y si madre no lo hubiera rescatado, yo también habría ardido.*

El granjero parecía tener tanta prisa que casi corría para regresar a su hogar y a su esposa. Pero de repente se detuvo.

*-Ahora dime, ¿por qué los trolls te liberaron?, preguntó.*

*-Cuando madre sacrificó lo que más valora que su vida, los trolls perdieron su poder sobre mí y me dejaron ir, dijo el muchacho.*

*-¿Sacrificó lo que más valora que su vida?, preguntó el granjero.*

*-Sí, cuando te dejé ir, sin intentar retenerte, dijo el niño.*

La mujer aún estaba sentada junto al pozo. No dormía, pero parecía petrificada. No podía moverse; lo que sucedía a su alrededor le pasaba desapercibido, como si estuviera muerta. Entonces escuchó a su marido llamarla, y su corazón volvió a latir.

Una nueva vida despertó en ella. Abrió los ojos y miró a su alrededor como si despertara de un sueño. Era pleno día; el sol brillaba y los pájaros cantaban, y le parecía imposible ser infeliz en una mañana tan hermosa.

Pero luego vio las vigas carbonizadas donde antes estaba la casa. Vio a personas con manos ennegrecidas y rostros manchados. Entonces comprendió que despertaba a una desgracia peor que nunca; pero aun así, sentía que todo el sufrimiento debía terminar. Buscó a su lado al chico "cambiado". Ya no estaba ni se lo veía por ningún lado.

Escuchó a su marido llamarla desde lejos. Venía del bosque, hacia la granja, y todas las personas extrañas que habían ayudado a apagar el fuego corrieron hacia él, rodeándolo, de modo que ella no podía verlo. Sólo escuchaba cómo gritaba sin cesar:

*-¡Madre, madre! ¡Ven a ver! ¡Ven a ver!*

Y su voz transmitía una gran alegría. Aun así, ella permaneció inmóvil. No se atrevía a acercarse.

Finalmente, toda la multitud se dirigió hacia ella; y el padre se separó de los demás, se acercó y le presentó a un apuesto joven.

*-Aquí está nuestro hijo; ha vuelto a nosotros, dijo el hombre.*

*Y tú, y nadie más, lo ha salvado.*

Aportación de IdeasWaldorf